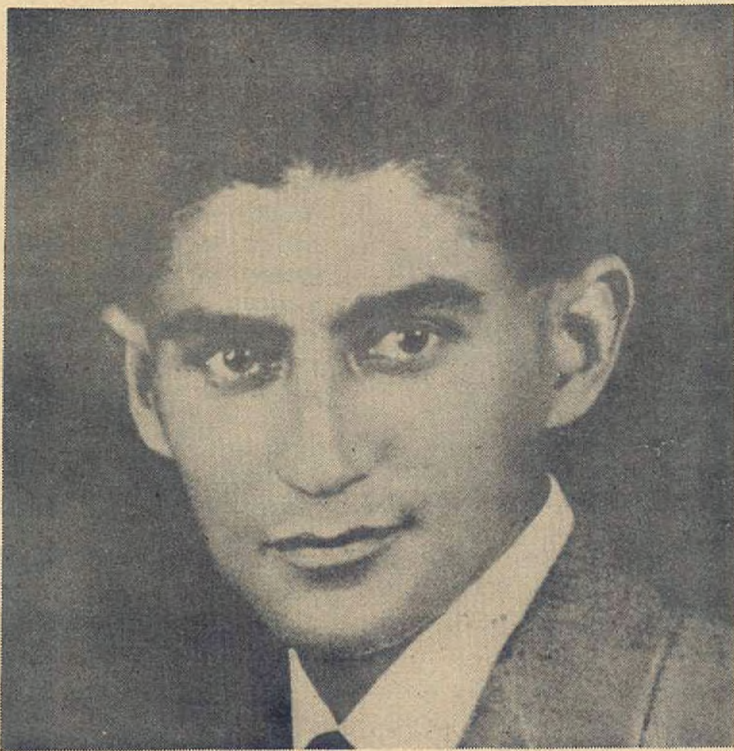


## EL NEUROTICO DE ANGUSTIA



Franz Kafka

Se podría definir el existencialismo como una oleada de angustia que revuelve la arena de nuestro yo íntimo. Y lo que Heidegger nos va a dar en puros términos filosóficos, Kafka nos lo va a hacer vivir en páginas de literatura alucinada y absurda. El existencialismo, más que un sistema, es una actitud vital. De ahí que no se pueda separar una doctrina objetivada de las vivencias que encarna el existencialista. Difícilmente podremos comprender al hombre que amanece un día bajo un caparazón, metamorfoseado en cucaracha, si no vislumbramos simultáneamente a un Kafka bajo la opresión de una angustia vital. Hay que penetrar, pues, en la vida de Franz Kafka para percibir en su trascendental hondura el mundo de su onirismo literario.

Kafka es un típico ejemplo de neurótico angustiado. Su constitución corporal era débil y enfermiza. El mismo se describe como "delgado, ruín y estrecho... pequeña armazón de huesos". En ese cuerpo frágil, que terminará por caer presa de una tuberculosis, se encierra un sistema nervioso vibrante, una fuerte emotividad, antena del más mínimo sentimiento. Fácilmente podemos ver en estos rasgos el tipo ectomorfo-cerebrotónico de Sheldon.

Kafka, introvertido y sensible, va a ser objeto de una educación demolidora. Su padre, un individuo gigantesco y exuberante, va a ir cortando con su incomprensión todos los caminos que a Frank se le presentaban para un desarrollo normal. Quien lea la famosa "Carta al padre" se encontrará con un pequeño drama existencial, ejemplo de lo que NO debe ser una educación. Todas las aspiraciones e ilusiones del pequeño Franz van a chocar con la ingente masa de su padre, que llega a convertirse en su "medida de todas las cosas".

Constitución débil, sensibilidad suma, introversión y una educación opresora son los componentes etiológicos de una neurosis de angustia en Kafka.

Aunque no sea más que de paso, señalemos que el problema de si "EL CASTILLO" es símbolo de Dios o del padre de Kafka no tiene razón de ser. Pues en el escritor checo, el uno no es sino la prolongación del otro. Dios y padre se identifican, constituyendo una mole opresora, amenazante, común a todo el mundo, en él es algo desmedido, exagerado. ¡Qué terrible habrá de resultar así la incomprensión paterna! Kafka se siente continuamente rechazado, humillado. No sabe por qué, pero se siente culpable, reo de grandes delitos, reo del más terrible de los pecados: existir. Su existencia es ya un insulto a la vida. Por eso, Kafka se siente en un continuo proceso vital, proceso cuya causa ignora, proceso en el que se sabe condenado de antemano.

Examinemos algunos aspectos vivenciales de Kafka como neurótico. Ante todo, un ansia de afecto, de cariño, que busca hasta en las más ínfimas acciones de los que le rodean. Vive pendiente de toda palabra y gesto de sus familiares o compañeros, los vivisecciona para sentir el apoyo del afecto incondicionado, o el rechazo —real o imaginario. Este deseo de afecto, común a todo el mundo, en él es algo desmedido, exagerado. ¡Qué terrible habrá de resultar así la incomprensión paterna! Kafka se siente continuamente rechazado, humillado. No sabe por qué, pero se siente culpable, reo de grandes delitos, reo del más terrible de los pecados: existir. Su existencia es ya un insulto a la vida. Por eso, Kafka se siente en un continuo proceso vital, proceso cuya causa ignora, proceso en el que se sabe condenado de antemano.

Como consecuencia, nace el sentimiento de inferioridad, tal vez como una defensa personal. Al ponerse por debajo de los demás, reprime sus ambiciones y consigue evitar o, mejor, aplacar la angustia neurótica, Kafka, eterno procesado, no quiere huir del banquillo.

En él no cabe la rebelión, pues se refugia en su autocastigo para eludir el sentimiento de angustia. A sus espaldas está el mundo, agresivo, hostil. Frente a él, la mole padre Dios, intangible, inmensa, infinitamente distante. A su alrededor... la nada. Terrible mundo interior kafkiano, cargado con el peso de su soledad y con el dolor de su existencia. Kafka, acurrucado en su "madriguera", se deja arrastrar pasivamente, como si flotara en una corriente. Es incapaz de proponer, de planear: "Estoy aquí, no sé más; no puedo hacer otra cosa. Mi barca carece de timón, viaja con el viento que sopla en las inferiores regiones de la muerte."

Franz Kafka, en su mundo absurdo, oprimido por la nada, bajo el caparazón de la angustia, es un testigo desolador — pero real— de muchas vidas contemporáneas.

LIC. IGNACIO MARTIN BARO, S. I.

"El Mundo"  
S.S.  
Sábado 8-Abril-1967

Digitizado por Biblioteca "P. Florentino Idoate, S.J."  
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas